

SALUD Y CALIDAD DE VIDA_



EL ARTE COMO MEDIADOR DEL BUEN VIVIR Y EL BUEN MORIR

Por_ Dr. Eghon Guzmán Bustamante

Alfa y omega, principio y fin. Más allá de su origen religioso, estos símbolos condensan una experiencia universal: toda vida humana se inicia en la fecundación, en el interior del útero –fuente primaria de la vida– y avanza inexorablemente hacia su término. Esta verdad es compartida por creyentes y no creyentes, pues todos, sin excepción, hemos recorrido ese trayecto esencial de la existencia. Entre ese comienzo y ese final se despliega una pregunta que atraviesa la cultura, la salud y la ética contemporánea: **¿Cómo vivir bien? Y cuando llegue el momento: ¿Cómo morir con dignidad?**

Desde una perspectiva cultural, el arte no es sólo producción estética, sino una forma de conocimiento sensible. Acompaña los grandes momentos de la vida humana: el nacimiento, la enfermedad, el dolor, la pérdida y la muerte. Allí donde el discurso médico o técnico resulta insuficiente, ofrece lenguaje, imagen, gesto y relato.

En el ámbito del buen vivir, las artes visuales contribuyen de manera significativa a la salud integral. No se trata de una intuición romántica, sino de una experiencia histórica y culturalmente documentada. **Frida Kahlo**, por ejemplo, transformó el dolor físico, la enfermedad y las intervenciones quirúrgicas en lenguaje visual, devolviendo voz al cuerpo herido y convirtiendo la experiencia clínica en relato autobiográfico. Su obra demuestra que el sufrimiento, cuando puede ser simbolizado, deja de ser mero padecimiento mudo.

Del mismo modo, **William Carlos Williams**, médico y poeta estadounidense, ejerció la medicina durante décadas en comunidades obreras. Para él, observar a un paciente era también un acto poético: cuidar y crear compartían una misma atención ética hacia lo humano. En su práctica, la medicina no anula la sensibilidad artística, sino que la profundiza.

Vivir bien no se reduce a la ausencia de enfermedad. Implica poder expresar lo que se siente, habitar el deseo, tolerar la incertidumbre y construir sentido. En este marco, el arte actúa como resistencia frente a la medicalización excesiva de la vida, devolviendo al sujeto su dimensión narrativa y sensible. **Pero si humaniza la vida, también humaniza la muerte.**


En las sociedades contemporáneas, la muerte suele ser expulsada del espacio simbólico y confinada al ámbito clínico. Morir se transforma así en un proceso técnico, silencioso y solitario. Frente a ello, el talento creativo reintroduce ritual y palabra. El poeta y dramaturgo francés **Antonin Artaud**, tras múltiples internaciones psiquiátricas, convirtió su experiencia en una crítica radical a la deshumanización del tratamiento mental, anticipando debates actuales sobre la medicalización del sufrimiento y el derecho del

paciente a ser escuchado. En una línea complementaria, **Oliver Sacks**, neurólogo y narrador británico, restituyó identidad a personas reducidas a diagnósticos. Sus relatos mostraron que la medicina necesita historias para comprender al ser humano más allá del síntoma, y que narrar también es una forma de cuidado. En contextos de finitud, la obra de la artista conceptual cubana **Ana Mendieta**, centrada en el cuerpo, la huella y la desaparición, dialoga con la pérdida y la muerte desde una dimensión simbólica y ritual, ofreciendo formas sensibles de elaboración del dolor y del duelo.

La visión del estadounidense **Patch Adams** resulta paradigmática en este cruce. Su propuesta de integrar humor, creatividad y vínculo en la práctica médica cuestionó el modelo biomédico tradicional.

En sintonía con esta mirada, el alemán **Joseph Beuys** concibió la creatividad como una práctica de sanación social: su noción de “escultura social” entendía el cuidado y el talento como fuerzas capaces de reparar tanto al individuo como a la comunidad. **Estos ejemplos muestran que el Arte no se opone a la Medicina, sino que la complementa, aportando humanidad allí donde la técnica alcanza sus límites.**

El arte no promete trascendencia ni elimina la finitud. No evita la muerte ni garantiza una vida sin dolor. Pero cumple una función esencial: **hacer la existencia más habitable y el final más humano.** Permite que el trayecto entre el alfa y el omega no sea un mero proceso biológico, sino una experiencia dotada de sentido. En tiempos donde la eficiencia y la productividad parecen dominar todos los aspectos de la vida, las Industrias Creativas recuerdan algo fundamental: vivir y morir son también actos culturales, simbólicos y profundamente humanos. **Tal vez el buen vivir y el buen morir no consistan en controlar el inicio o el final, sino en haber podido expresarse, ser reconocido y dejar una huella sensible en los otros.**

Entre el alfa y el omega, las bellas artes iluminan el tránsito humano: transforman el dolor en sentido, celebran la vida y acompañan la despedida. Como mediadoras, habilitan lenguajes compartidos que fomentan el buen vivir –respetuoso, pleno, consciente– y acompañan un buen morir: sereno, legítimo, dignificado. Preservar y potenciar esas prácticas artísticas es invertir en comunidades más humanas: donde el inicio y el fin se reconocen como parte de una misma trama de significado. 

**Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, vida,
porque nunca me diste ni esperanza fallida,
ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;
porque veo al final de mi rudo camino
que yo fui el arquitecto de mi propio destino”**

Extracto del poema «EN PAZ», Amado Nervo)